

ACERCAMIENTO IDEOLÓGICO AL POETA ALEMÁN H. HEINE

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Raúl Morodo Leoncio*

Hace bastantes años, en un apacible verano gallego, por las Rías Baixas, Luis González Seara y yo conversábamos distendidamente sobre la relación de algunos poetas con la política y con sus eventuales compromisos de partido o tendencia, especialmente en la etapa romántica. Luis preparaba entonces tal vez su mejor obra, “El poder y la palabra” y, por mi parte, había ya publicado un pequeño libro titulado “Fernando Pessoa y las revoluciones nacionales”. En algún momento, salió el nombre de Heine, al comentar el romanticismo alemán, sobre el que teníamos un conocimiento sólo como gran poeta romántico, pero muy poco o nada sobre sus ideas políticas. Pensamos que podría ser interesante hacer algo sobre él, dividiéndonos sus dos grandes etapas (alemana y francesa). Pero Luis estaba muy ocupado en su libro citado y, por mi parte, me surgieron otras ocupaciones, no-académicas, que me alejaron también de este proyecto. Con todo, Luis

*Disertación no expuesta oralmente.

cumplió algo: hacer unas anotaciones sobre Heine y el Quijote. Así que ahora, en tiempo de nostalgias, recordando a Luis, cumpla aquel estival proyecto y me atrevo a esta aventura intelectual de adentrarme y, tal vez, lograr captar las ideas políticas dominantes de este gran poeta romántico y anti-romántico. Junto a la bibliografía que tenía abandonada, y actualizándola, y rebuscar otros libros que eran inencontrables, pero que con otro viejo amigo, de Luis y mío, Jaime Terceiro, gran conocedor de los arcanos tecnológicos, de los que soy profano, lograría conseguirlos, algunos de ellos por tierras muy lejanas, creo que en Chile, “donde la tierra se acaba”.

En verdad, este acercamiento a Heine, a su prosa política, pero también a su poesía épica/satírica, tiene dificultades indudables, porque Heine, como Pessoa, son enormemente complejos. Desde luego, el poeta alemán no llega al portugués, con el desdoblamiento heterónimo, pero sí que cohabitan en su personalidad un conflicto permanente de razón y sentimiento, contradicción y versatilidad que sorprenden y, sobre todo, confunden. Pero, afortunadamente, en Heine hay también constantes y es en esta búsqueda en donde se puede encontrar su ideología política dominante. En todo su corpus de ideas se unirán siempre, una ironía sutil, a veces áspera, incluso cáustica, un ingenio permanente y siempre gran lucidez. No le faltarán tampoco a Heine, las “boutades”, e incluso el chiste satírico que, el

propio Freud, en un extenso ensayo, se apoyará para deconstruir este aspecto psicoanalíticamente. Lástima que Freud, conociendo bien la obra de Heine, no se adentrara en toda su personalidad tan discutida.

La vida y obra de Heine se desarrollarán, tanto en Alemania, como en Francia. Prácticamente estuvo casi los mismos años en estos dos países. La mayor parte de su obra en prosa con asuntos políticos corresponde al periodo francés, publicando en revistas parisinas. Posteriormente, cuando conforma en libros los ensayos saldrán los libros en alemán y francés. Además de la citada complejidad heineana, hay que señalar otra dificultad para su estudio: tanto su personalidad, como sus ideas políticas, serán objeto constante de polémica y con disparidad de juicio. Por el contrario, como poeta romántico, prácticamente domina el elogio, especialmente en el periodo alemán. Y, por otra parte, no se le perdonarán sus incisivas críticas a su propio país. A Heine, así, se le considerará un traidor o un patriota, un cínico o un hidalgo, un monárquico o un filo-comunista, un conservador o un rebelde, un lúcido crítico o un hombre sin ideas. Así, entre otros coetáneos alemanes encontramos a Goethe, Marx, Engels, Weitling, Börne, Rüge, Laube, Tieck. En cambio, gran parte de la intelectualidad francesa, estará a su favor: Víctor Hugo, Alfredo de Vigny, George Sand, Chopin, Honoré de Balzac, Eugenio Sue, Michelet, Mignet, Cousin, entre otros. Alejandro Dumas le dedicará su

obra “El príncipe de la bohemia”. Teófilo Gautier dirá “el sitio de Heine está al lado de Schiller y Goethe”. Las críticas a Heine siempre estarán más en el campo alemán que en el francés. Uno de los primeros biógrafos de Heine, del siglo XIX, 1888, William Sharp, destacará 15 juicios contradictorios.

En España, la recepción de su obra en prosa con intencionalidad política, o al menos no lírica, será muy tardía. El caso de Menéndez Pelayo es exponente de este criterio diferenciador. Don Marcelino, además de hacer un gran elogio de Heine, retractándose de su actitud anterior crítica, en 1887 se manifiesta, como un “ferviente admirador” de Heine, por su “poesía como música” y “deseoso de propagar su conocimiento en España”. Pero junto a estos grandes elogios, criticará Menéndez Pelayo los poemas épicos y de compromiso radical político de Heine, citando en concreto uno de los más conocidos: “Los tejedores de Silesia”. Pensará también que frente a la lírica romántica que permanecerá, la épica política la considera muy coyuntural y pasajera, ocurriendo al revés. Unamuno elogiará también a Heine, sobre todo en su aspecto humanista y universalista. Dirá, así, don Miguel:

“Heine de mis mocedades /
Donde aprendí el alemán /
Judío de toda patria /
Hijo de la humanidad” /

Muy a principios del siglo XX, aparecerá en España la primera obra de Heine con trasfondo político (“De Alemania”) traducida por un versátil escritor, en esta época bastante anarquista, Pedro González-Bueno, que en una pequeña nota introductoria desea que la obra “sirva para europeizar y desafricanizar España”. En la II República, tanto en la “Revista de Occidente”, como en la editorial orteguiana, se ocuparán de Heine y el propio Ortega lo citará con frecuencia en diversos ensayos recogidos en sus Obras Completas. Para socialistas y comunistas, Heine se percibe sólo como un poeta liberal romántico, o no se le cita, así, en “Leviatán”, revista marxista, dirigida por Araquistain, Heine no es comentado. Sin embargo, el socialista Max Aub, en el exilio mexicano, publicará un excelente ensayo en los años cincuenta. En el franquismo avanzado, Manuel Sacristán, desde el punto de vista marxista, hará en su excelente introducción a las Obras de Heine, no completas, en donde habrá una crítica fuerte, pero también elogio del poeta alemán. A él me referiré en la segunda parte de esta ponencia/ ensayo.

Etapas alemana: 1797-1856

Heine nace en la ciudad alemana de Dusseldorf, Renania (16.000 habitantes), ocupada militarmente y administrada por Francia, de forma benévola y durante dos años -en la infancia de Heine- como Duque de Berg estará el mariscal de Napoleón, Murat, de triste memoria española, antes de

ocupar Nápoles como rey. Marcuse señalará que Napoleón “no solo ocupó Alemania, sino que también la revolucionó”. Se abolió, en efecto, la servidumbre, se estableció la libertad religiosa, se instaló el código civil napoleónico. Para los judíos, especialmente, la ocupación francesa fue muy beneficiosa, lo que más tarde, en la ya etapa pos-napoleónica, de “Restauración” neo-absolutista, neo-feudal o autoritaria, a los judíos se les acusará de “colaboracionistas franceses”, entre otras denuncias.

En principio, la fecha de nacimiento de Heine fue polémica y Heine ayudó a esta confusión, quitándose tres años, por coquetería o divertimento literario, o por las dos cosas. En Los “Baños de Luca”, de “Los Cuadros de viaje”, en efecto, el poeta dirá a una dama; “Yo, signora, nací el primer día del Año Nuevo de 1800”, en el siglo de libertad. Su gran amigo, Teófilo Gautier, que preparará su Obras Completas en francés, extenderá este error. La realidad, aceptada unánimemente, es que Heine nació el 13 de diciembre de 1797. Al nacer se le impuso el nombre de Harry: ni judío, ni católico, ni luterano, sino británico, por un amigo inglés del padre de Heine, con el que tenía relaciones comerciales. Los padres de Harry eran los dos judíos: Sansón y Betty. El padre era un pequeño comerciante de telas inglesas: simpático, tranquilo, de joven con pequeños cargos militares, tal vez masón en la juventud, exitoso con las mujeres y “guapo”, según su hijo: así que ningún

problema edípico en Heine. La madre, Betty, enérgica, con fuerte personalidad, deísta y admiradora de Rousseau y, por supuesto, lectora asidua del “Emilio”. A diferencia de su marido, de familia judía modesta, Betty, en cambio, presumía de antepasados aristocráticos (dudosos) y de burgueses profesionales (médicos, ciertos). El muy sensible y sumiso Harry (en sus tiempos infantiles y adolescente), sólo furtivamente podía leer poesía o narraciones de aventuras, ya que mamá Betty era inflexible: nada de poesía ni de cuentos. El propio Heine, en sus “Memorias”, escribirá que sus primeras lecturas fueron El Quijote y, sobre todo, entusiasmado con las aventuras de un tío-abuelo, al que se le llamaba “el Oriental”, por haber vivido por tierras africanas, incluso haber sido jefe de bandoleros. Probablemente, todo falso, pero emocionante para el pequeño Harry. Los legajos los encontró en un viejo baúl, en el desván de su casa. Entre la infancia y la adolescencia tendrá un enamoramiento, con la sobrina de una bruja y esposa de un verdugo. La niña se llamaba Sefchen, la roja, a la que dedicará Heine sus primeros versos.

Como infante, irá primero a un “cheder” judío, dirigido por un rabino. Heine contará, cierto o no, que llegó a leer el Talmud. De otro centro escolar, llegará al Liceo oficial, pero que no terminará los grados. El rector, el P. Schallmeyer, amigo de la familia, Heine lo recordará con gran simpatía:

“Este venerable clérigo era librepensador o, al menos, de ideas liberales.... Que no sólo me llevó al abandono de la fe, sino que además originó el mí una tolerante indiferencia (religiosa)”.

Harry estaba también admirado de que este padre jesuita celebrase la misa con gran elegancia. De estos profesores jesuitas hablará, ya de mayor, elogiosamente, que eran, dirá, “muy afables” y “con limpio latín”, pero también, con mucha prudencia, comentará un intento de abuso sexual (no a él, sino a un compañero). El sacerdote en cuestión será enviado a otro lugar, como costumbre habitual. Estos elogios no le impedirán más tarde a Heine criticarlos fuertemente como el maligno “partido católico jesuítico”, muy generalizado entre los ilustrados y no en pocas otras órdenes religiosas.

Con 14 años el adolescente Harry por primera y única vez verá a Napoleón, montado en su caballo blanco, desfilando en una visita oficial a Düsseldorf. La fascinación de Harry fue instantánea e inmensa: será, así, el día en que nace por parte de Heine su culto napoleónico. Es muy raro que en cualquier obra de Heine no cite a Napoleón. En un escrito temprano, en los años 20’, que denomina “Ideas o el libro del tambor Le Grand”, inicia esta apología constante bonapartista. Es cierto que, a raíz del 18 Brumario, dirá Heine, que su devoción por Napoleón decrece, pero no es así: incluso estará

muy presente en su famoso poemario “Alemania, un cuento de invierno”, muy radical, de su etapa épica filo-comunista. Tal vez, en sus finales años, ya un muerto viviente, a causa del “mal francés” (sífilis), dirá que Napoleón “es un cuento para niños”. La razón que, con frecuencia, reiterará Heine para justificar la mitificación napoleónica es que fue el exponente de la nueva Francia que quiebra el Antiguo Régimen, aristocrático y clerical. Pero también llegará incluso a reconocer que Bonaparte fue un “liberticida” y “un déspota” y que -dirá:

“Lo que amo de Napoleón es que esté muerto,
porque si viviera tendría que ayudar a combatirlo”.

La absorbente mamá Betty organizará puntualmente los planes profesionales de futuro de Harry. El primer proyecto será que haga carrera militar en los ejércitos franceses. Con la derrota napoleónica, el plan se vino abajo. Pero mamá Betty no se inmutará y surge una nueva iniciativa: imitar al tío Salomón, banquero millonario en Hamburgo. El joven Harry, apadrinado por su tío, aparece, así, como un prometedor empresario y con cartel: “Harry Heine y Compañía”. Pero Harry se dedica más a leer y traducir a Ovidio, que preocuparse por la contabilidad. Así que la empresa quebró antes de un año. Mamá Betty, sin embargo, no se desanimó. Junto con el P. Schallmeyer, idearon nuevo plan: que Harry fuese a Roma a iniciarse en la carrera eclesiástica. Pero, al parecer, Harry dio un alto o, según otras

versiones, la roussoniana mamá Betty dudaba del plan, y se echó atrás. Esta última y frustrada idea le servirá, mucho más tarde a Heine, para escribir una narración divertida: iría a Roma, pronto se convierte en un elegante y mundano abate, más tarde cardenal muy influyente y, en fin, llega a Papa, recibiendo grandes aclamaciones en la Plaza de San Pedro. El cuento se termina diciendo Heine al lector: “y vedme aquí que solo he llegado a poeta”. Su gran amor, Amalia, hija de su tío Salomón y, más tarde, su hermana, serán sus grandes amores/desamores: sobre todo la de Amalia. A un amigo íntimo, Christian Sethe, le escribirá cartas conmovedoras y con cierta ambigüedad.

Después de estas frustraciones, Harry, con apoyo de su tío Salomón, el banquero millonario, y, tal vez, la venta de plata de su madre Betty, entra, como estudiante, ya mayor (22 años) en la Universidad de Bonn, para licenciarse en Leyes, pero sin entusiasmo. Del “Corpus Iuris Civile” dirá Harry que es “la Biblia del egoísmo”: la poesía es lo que sólo le interesa. En Bonn conocerá y será discípulo de Guillermo F. Schlegel, considerado uno de los jefes -si no el jefe- del romanticismo medievalista alemán. Harry, con su habitual entusiasmo, dirá que Schlegel “será, después de Napoleón, el hombre más genial que conozco”. Sus lecturas no irán por Ulpiano, Gayo o Papiniano, ni siquiera por Cicerón, sino por Shakespeare y por Byron. Y comienza a escribir poemas dentro de la ortodoxia romántica intimista y,

entre ellos, varios sonetos muy elogiosos a su, entonces, adorado maestro Schlegel (años más tarde, le atacará con gran virulencia, incluso acudiendo a cuestiones personales, diciendo, por ejemplo, que “Schlegel es un genio sin sexo”). Aunque, objetivamente, Harry responde a la visión romántica más convencional, en un breve escrito de esta época (1820) marcará ya una cierta distancia de Schlegel, base de su ruptura con el romanticismo intimista y conservador. De Bonn se traslada a Gotinga, “ciudad maldita...” que “tiene Universidad y salchichas”, hablará despectivamente de la Universidad, tanto de estudiantes como de profesores, pero de las salchichas no dirá nada.

El hecho más importante que le afectará a Harry en Gotinga fue encontrarse, por primera vez, entre los estudiantes y profesores, con un nacionalismo xenófobo y, especialmente, anti-semita. Así, escribirá:

“En Gotinga aprendí la forma en que los continuadores teutónicos confeccionaban listas de aquellos que había que castigar cuando llegasen al poder. Todo el que descendía del francés, eslavo o judío, con antigüedad hasta siete generaciones, sería desterrado sin proceso”

Este nacionalismo violento, junto con el antisemitismo, se estaba consolidando y avanzando en los medios universitarios, de estudiantes y

profesores y, evidentemente con proyección social. El idealismo nacionalista de Fichte, en sus famosos “Discursos a la nación alemana”, en muchos sectores, se le llegaba a considerar “como un mensaje bíblico”, como dice Untermeyer. Este autor recoge un texto de Fichte muy representativo del ambiente anti-judío de aquellos años (en realidad ha sido una constante, llegando en el siglo XX, como es sabido, a soluciones genocidas). Dice, así, Fichte:

“El único modo que veo que se autorice a gozar de los derechos civiles a los judíos es cortarles las cabezas a todos en una sola noche y proveerles unas cabezas nuevas que no mantengan una sola idea judía”.

Aunque Fichte no plantea el tema judío como problema racial, sino ideológico, y aunque se puede entender solo parabólicamente, con el simpático sentido del humor alemán (sic), lo cierto es que la xenofobia llevaba consigo una discriminación más allá de lo jurídico. Otros autores, se expresarán con más radicalidad. Así, un profesor llamado H. Hundt, creo que de Heidelberg, ya sin humor, propondrá la venta de los niños judíos a los ingleses para sustituirlos por los negros en sus colonias americanas.

A raíz de una reyerta de Harry con estudiantes junkers, defensores de las viejas tradiciones estudiantiles, Harry será culpabilizado, expedientado y sancionado: un curso escolar, con seis meses fuera de la Universidad. Ante esto, se traslada a Berlín. Esta ciudad y Universidad es ya, para Harry, la casi felicidad, aunque por supuesto, los desamores con sus primas (Amalia y Teresa) siguen en su ánimo. Pero la vida universitaria y social, en cierta medida, atenúa su fiebre romántica amorosa. Y tratará a grandes maestros: Savigny, Hegel, Wolff, Ranke, Chamisso, Fouqué, el teólogo Schleiermacher. Y, también, será invitado a “salones”, especialmente tendrá gran influencia en Harry y gran parte de su vida el del aristocrático y culto matrimonio Varnhagen von Ense, tanto el marido como su esposa Rahel, judía conversa. Pero lo más importante será la sustitución de Schlegel por Hegel, que como maestro le durará mucho tiempo. Adorno mantiene que a Heine Hegel no le influyó mucho, aunque sí el individualismo. Cuestión muy polémica. En todo caso, las ideas hegelianas de la transcendencia y de la divinidad, influirán en Heine. Cuando en una reunión con Hegel, en su casa, Heine le hablará del cielo y de las estrellas como “moradas de los aventurados”. El maestro, gruñó y dijo: “¿Las estrellas?, hum hum, sólo son sarpullidos luminosos del cielo”. Parece que Heine entendió el mensaje. Y la idea de poeta-dios se afianzará en su mente. Incluso cuando Heine se convierte al deísmo, finales de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta en su

último periodo de vida, hablará de esta influencia., pero en parte trivializándola. Escribirá Heine, ya converso deísta:

“en algún tiempo acepté la síntesis de la doctrina hegeliana por la sencilla razón que halagaba mi vanidad. Era yo joven y orgulloso y me satisfacía mucho saber que el buen Dios no es el que reside en el Cielo, sino yo mismo en la Tierra”.

Por otra parte, es muy posible que en las “Lecciones de la Filosofía de la Historia”, de Hegel, que publicará Eduardo Gans en 1837, pero que antes, en Berlín, las pudo oír Heine, se encuentra la tesis de la influencia de la filosofía alemana en la Revolución francesa. Tesis que coinciden Hegel y Heine y que Marx la asumirá. Si no la escuchó Heine será entonces idea suya, en su libro “Sobre la religión y la filosofía en Alemania” (1834). Pero, por las preguntas que Hegel se hace en sus “Lecciones” citadas, la paternidad inicial parece corresponderle. En efecto, se preguntará: “¿Por qué este principio de libertad es solamente formal (en los alemanes)?” “Por qué los franceses buscan su realización?” (en sus “Lecciones de Filosofía de la Historia”)

En esta etapa berlinesa, Harry publicará su primer libro de versos, en un pequeño volumen. Muy envalentonado se lo envía a Goethe, el “Gran

Pagano”, como se le llamaba y que era el máximo exponente de la cultura alemana, romántica y clásica. Con una carta muy laudatoria, le dice Heine que desearía verle y expresarle personalmente su admiración. Pero el Gran Maestro no le contesta, aunque sí lo recibirá dos años más tarde. Con todo, esta entrevista fue un fracaso. Ante una pregunta convencional de Goethe, “¿en qué está vd. trabajando?”, al joven Harry no se le ocurre otra cosa que decir que preparando un “Fausto”. Obra que, Goethe consideraba su Fausto como “definitiva” e “irrepetible” y que un joven poeta, como Heine, intentase superarla, no lo podía admitir. Elogio y crítica, sin embargo, a Goethe será posición constante en Heine y su lector permanente, considerándose su “guardia de corps”, hasta en su lecho de muerte. Pero también Heine será muy crítico de Goethe como hombre político, escribiendo:

“..... Su apego a la estabilidad, con ese indiferentismo por lo público-social, que ejerció una perjudicial influencia sobre el desarrollo del pueblo alemán.... Y su actitud servil ante el poder”.

En Berlín tomará Heine una decisión muy grata a toda su familia: terminar la carrera de Leyes. Durante unos meses se encierra y se dedica a preparar su tesis, ya que tenía los semestres reglamentarios. No elige Berlín, sino Gotinga, tal vez, porque el profesor Hugo, de la Escuela histórica, le

tenía admiración como poeta. Pero Harry se encuentra con un problema: a los judíos, por ley, no se les permite ser doctores en leyes y, consecuentemente, no poder ejercer la abogacía, aunque sí médicos. Harry tiene una única solución: convertirse al luteranismo. Estas conversiones, por conveniencia, necesidad o convicción (menos) eran frecuentes y, además, muy fáciles, mucho más que en las católicas, representaba instalarse en la sociedad civil alemana. En el caso de Harry no había problemas de conciencia, sí de necesidad, ya que no era ni creyente, ni practicante judío. ¿Cómo se encontraba Harry en el plano religioso? Solía utilizar dos conceptos: “heleno” o “nazareno”, y él se situaba en el campo “heleno”, algo así como un paganismo estético. Aunque siempre estará interesado por la religión, pero no por las iglesias, no el mundo eclesiástico, es decir, no intermediarios con Dios. La poética autocreación divina, de Goethe, le atraía también.

Para el acto puramente formal de la conversión, Harry elegirá un pequeño pueblo, cerca de Gotinga, Luneburg. Fue solo, sin amigos, y se presentó al pastor luterano, G. Grim, que le recibió con mucha amabilidad. Tendrá Harry con el pastor una larga y distendida conversación sobre algunos aspectos del Antiguo Testamento, almorzando con él y con un funcionario civil como testigo. De los tres nombres que se presentaron (Christian, Johan

y Heinrich), Harry elegirá este último. A unos amigos les escribirá diciendo que la conversión fue un simple trámite administrativo y a otros que la conversión le parece indignante y discriminatoria. Tampoco la ironía estuvo ausente:

“Ser cristiano -dirá- es agradable, porque no solo puedo perdonar a los enemigos, sino también a los amigos, lo que siempre es más difícil”

Un mes más tarde de la conversión, ya como Heinrich, recibe el título de Doctor en Leyes por la Universidad de Gotinga. Su tesis, en latín, versó sobre un tema iusprivalista romano: la “confarreatio” que trata del pacto nupcial de los cónyuges en donde se rompía una tarta, rito que suele mantenerse. Heine es uno de los primeros o, el primero, en introducir metáforas gastronómicas en sus poemas y escritos literarios.

En esta etapa alemana, iniciará Heine una publicación en prosa, que llamará “Cuadros de viaje”. Forma y contenido novedosos darán, en efecto, gran éxito a este peculiar género literario. Los temas recogen no solo narraciones de viajes, sino también, conversaciones y diálogos sobre temas literarios y políticos, mezclando poemas, ficción y realidad. La forma, el

estilo y el lenguaje, sorprenderán también, por su novedad. Como diría Pessoa “la lengua es mi patria”. Friedrich Nietzsche, en su “Ecce Homo” dirá de Heine:

“El más elevado de lo que es el poeta me lo ha dado Heine. Poseía aquella perversidad divina con la que me es imposible imaginar lo perfecto. ¡Y cómo Heine maneja el lenguaje! Un día se dirá que Heine y yo fuimos con mucho los primeros artistas del idioma alemán”

En estos “Cuadros de viaje”, en su viaje a Italia (1828), la política no es la cuestión principal, pero habrá dos temas que sí expresan la radicalidad liberal de Heine: su idea de la emancipación de la Humanidad y la cuestión muy concreta de la relación Iglesia/Estado. Con respecto a la emancipación, Heine la universaliza, es decir, no se trata solo de un problema judío, sino que se extiende a toda la Humanidad. Su referente estará en los principios de la Revolución francesa de 1789, libertad, igualdad, fraternidad. Sin embargo, la igualdad, en el contenido, no como algo abstracto, no estará en el mismo plano que la libertad. En Heine, no sólo en este periodo francés, sino también en el alemán, predominará un elitismo social clasista, que es totalmente deudor de los ilustrados del XVIII que de los revolucionarios del 89. Es, en

este sentido, relevante que Heine nunca citará a Babeuf, que representó el igualitarismo utópico en el periodo revolucionario francés.

Otra cuestión que tratará Heine está referida a las relaciones del Estado con la Iglesia. En aquellos tiempos de la “Restauración” pos-napoleónica, tanto en el mundo católico como en el protestante, Estado e Iglesia volvían a tener una relación muy estrecha. La posición de Heine, en el marco de su liberalismo radical, será la de separación absoluta del Estado con respecto a la Iglesia: no debe haber religión de Estado, asentará. Su justificación es diáfana y astuta, incluyendo un punto irónico. Así, escribirá en “La ciudad de Lucca”, en los “Cuadros de viaje”:

“Al igual que la economía también en las religiones es pernicioso el monopolio.... Las religiones no podrán florecer hasta que no se de la igualdad política de todos los cultos religiosos. O, por así decirlo, se establezca la libertad profesional de los dioses”.

Heine, en el periodo alemán, se manifestará muy anti-clerical y también muy anti-aristócrata, pero, en cambio, muy monárquico: su convicción monárquica, en cuanto la monarquía constitucional, será una constante en sus dos etapas, aunque a finales de la segunda será más flexible,

aceptando una monarquía gobernada por republicanos o una república gobernada por monárquicos. Pero ya en esta etapa alemana será tajante:

“Aunque los reyes sean tan necios de ir en contra del espíritu del pueblo o, incluso, tan innobles como humillar los órganos de ese pueblo, yo, por convicción, sigo siendo partidario de la monarquía, del principio monárquico”

Nunca explicará Heine de donde nace este mágico “principio monárquico”, pero, probablemente puede proceder de las “Lecciones de Filosofía de la Historia” de Hegel. Por otra parte, su fe monárquica le servirá de escudo protector ante sus enemigos conservadores y mantener amistades del sistema, por ejemplo, la del conde Cotta, que le ayudará social y políticamente. Será radical también su crítica a la aristocracia tradicional. El conde von Moltke publicará una defensa de la nobleza (“Sobre la nobleza y su relación con el estamento burgués”, 1830) y le propuso a Heine, un diálogo que éste no aceptó. Pero sí aceptó la propuesta de su editor, Julius Campe, para prologar un libro de un escritor liberal, Robert Wesselhoft, que desmontaba las tesis aristocráticas de von Moltke. Este texto de Heine se publicará, precisamente, en marzo de 1831, es decir, dos meses antes de viajar a Francia. Así que defenderá Heine el anti-Moltke, señalando:

“..... la obscenidad medieval de que mediante una procreación noble surja una sangre mejor, que mediante una vulgar procreación burguesa”

En este mismo prólogo, Heine comentará la significación que representa la revolución de julio de 1830. Lanzando aquí la tesis que, años después, desarrollará más ampliamente:

“que nuestra filosofía alemana no es, según ellos, otra cosa que la Revolución francesa. Nosotros habríamos roto con lo existente y con la tradición en el reino del pensamiento del mismo modo que los franceses lo hicieron en el terreno de lo social: en torno a la “Crítica de la razón pura” se reunieron nuestros filósofos jacobinos, que no dejaron nada en pie.... Kant fue nuestro Robespierre”.

Otro viaje de varios meses de Heine fue el de Inglaterra, incluso antes de ir a Italia. Mucha decepción en Inglaterra y admiración grande en Italia. En Inglaterra ni siquiera la poesía le interesará grandemente, salvo Shakespeare o Byron, del primero será siempre un fiel admirador, pero no del segundo. Más tarde, en sus favoritos incluirá al genial abate Laurence Sterne, con su espléndido “Tristram Shandy”. Lo más importante políticamente de su estancia inglesa es el de comprobar, con la revolución

industrial en marcha, la aparición de una clase nueva resultado de ella (el proletariado). Novedad que rechaza y critica. Desde entonces frente al “populacho” se asentará en él un elitismo social y un clasismo muy definidos. “populacho”, “masa”, “plebe” son conceptos que surgen ahora y serán familiares más tarde y con una carga crítica anti-igualitaria firme. En contra de Montesquieu, Heine verá la libertad inglesa cargada de “corporativismo”. La libertad francesa se plasma, en cambio, como “universalidad”. En general, exceptuando a los intelectuales, Heine ve una Inglaterra en “que los hombres son como máquinas y las máquinas como hombres”. Sin haber visitado Heine Estados Unidos su opinión será también negativa. Nunca le interesarán ninguna de las Américas. Sí ve a Inglaterra como una nación aristócrata, en Norteamérica, dirá, “domina el más repugnante de los tiranos: la plebe”. Sin embargo, criticará el racismo anti-negro con radicalidad.

Al margen de los pocos escritos políticos, en 1827, es la fecha del lanzamiento de Heine como gran poeta nacional con un poemario “El Libro de las Canciones”. Fue, tal vez, el best-seller poético del siglo. Llegará a tener 12 ediciones durante su vida. Desde luego, su obra se verá como la más representativa del romanticismo intimista. Habrá, asimismo, una novedad que determinará la extensión de su fama: que a sus poemas/canciones los

más conocidos compositores pondrán música: Brahms, Schumann, Listz, Mendelssohn, pero no Wagner. Hay una pequeña historia que los biógrafos de Heine suelen citar: que, en la Alemania nazi, las Juventudes Hitlerianas, y no sólo ellas, cantaban sin saberlo el único poema que se salvó de las llamas de toda la obra heineana (“Loreley”), por judío y liberal. Su nombre se le sustituyó por la frase de “un autor desconocido”.

Los últimos tres/cuatro años de Heine en Alemania se mueven en el intento de poder conseguir algún empleo profesional con la finalidad de quedarse en su país. El barón Cotta le encargará codirigir unos “Anales Políticos”, que le aburren y los deja muy pronto. Le interesará más una cátedra de Literatura en Munich, creyendo contar con el apoyo del rey de Baviera, pero no fue así: Heine se vengará, más tarde de él, en los “Anales franco-alemanes”, ridiculizándolo. Buscará, incluso, otros empleos menores. Su enfermedad se recrudece y necesita descanso: elegirá una isla del norte, llamada Heligoland. A Heine le gustaban los balnearios, moda muy generalizada, como recuerda Ortega. Será en esta isla, leyendo a Thiers y la Biblia, cuando, en agosto de 1830, es decir, un mes después de producirse en París la revolución no sangrienta, llegan las noticias a la isla. Heine explotará de alegría, sus odiosos borbones tienen que huir, y se instaura, del brazo de Thiers y Lafayette, una nueva dinastía, la de Orleans y, aunque rama menor

de los borbones caídos, tenía otra última historia: El rey instaurado, Luis Felipe, era hijo del “Felipe Igualdad” de tiempos de la Revolución del 89. Así, el absolutismo da paso a un liberalismo monárquico constitucionalista. Escribirá un Heine emocionado:

“Las tres jornadas de julio de París (1830) zumbaban de nuevo el somatén del pueblo.... Creíase oír en la lejanía la trompeta del Juicio Final. Tuve la impresión de poder encender el Océano hasta el Polo Norte, con las brasas de entusiasmo y alegría frenética que obraban en mí.... Sé lo que voy a hacer: soy el hijo de la Revolución.... Lafayette, la bandera tricolor, la Marsellesa. Soy todo espada y llama”

A pesar de la gran noticia y de su sincero entusiasmo, tardará casi un año en viajar a París. Como sus últimas iniciativas de quedarse en Alemania fracasan, se dará cuenta, con claridad, que la realidad social alemana le es hostil, a pesar ya de su fama como gran poeta: es judío, aunque converso al luteranismo, es anti-clerical y anti-aristócrata, por tanto, anti-sistema. Su monarquismo no le protege tanto como creía, ni su amigo el barón Cotta tiene fuerza suficiente. Y París será siempre para Heine su primera opción. Su tío Salomón le ayudará. Así que con 34 años, el 1º de mayo de 1831 llega Heine a París.

Aunque no superará totalmente sus desamores (Amalia, Teresa), se percibe ya que se va perdiendo el dramatismo que imponía en sus poemas. En Francia, Heine es recibido como un gran poeta romántico alemán y un gran amigo de Francia. Su plan es estar en Francia una larga temporada, así que no va como un desterrado, pero las autoridades prusianas, por las actividades de Heine, le convertirán pronto en un famoso exiliado.

Etapla francesa: 1831-1856

El definitivo periodo vital de Heine será ya París. Visitará, sin embargo, algunas regiones francesas, pero pocas, e importante, hará dos breves viajes a Alemania, autorizados por las autoridades prusianas (menos Berlín). París, para Heine representaba no solo toda Francia, sino también, el máximo referente cultural y político europeo. El sueño de Heine de vivir en la capital de Europa se realizaba.

El bagage ideológico con el que Heine llega a París está ya bastante definido, la poesía romántica y no la prosa política es lo que predomina. Los indicadores ideológicos se pueden reducir a los siguientes: verse Heine reconocido como un gran poeta romántico nacional y con proyección

europea; se siente un apóstol beligerante de la libertad, anti-clerical y anti-aristocrático; con una visión idealizada y nostálgica de la Revolución francesa de 1789, con sus símbolos (bandera tricolor, la Marsellesa y Lafayette); una pasión sin límites por Napoleón; deudor de tres grandes figuras: Schegel y Hegel a los que conoce personalmente y a Goethe, siempre con ambivalencia; se declara públicamente como monárquico, “por principio”; aunque judío, converso al luteranismo (como simple trámite), se manifestará “heleno” frente a los “nazarenos” (cristianos y judíos); nace ya en él un anti-nacionalismo militante, un europeo universalista. Como veremos, algunos de estos indicadores ideológicos se mantendrán y otros aparecerán nuevos o evolucionarán. El término “nazareno”, tal vez, lo recoja Heine de Edward Gibbón.

Y llega a París Heine con emoción, con una curiosidad inmediata y un proyecto con gran entidad. La curiosidad viene dada por una doctrina, escuela o secta que, por su novedad, armaba bastante ruido en París: el saint-simonismo. Su inicial sensualismo/espiritualismo le atrae a Heine, así como su horizonte utópico, y se hace amigo de Enfantin, por no mucho tiempo. En cambio, más importante será su proyecto: conseguir que Francia y Alemania, tan distanciados, formen una entente cultural e incluso política. En algunos

de los libros que publicará en esta etapa, desarrollará Heine su teoría del enlace pensamiento (Alemania) y acción (Francia).

Serán los sansimonistas, en su periódico “El Globo”, los que darán, con gran elogio, la noticia de la llegada de Heine a París, como poeta rebelde y romántico. Ya conté, en la primera parte, como fue recibido Heine por gran parte de la intelectualidad francesa. Llegaba también con las espaldas relativamente guardadas: con una ayuda inicial de su tío millonaria y con una corresponsalía de una publicación muy reconocida, dentro y fuera de Alemania: “La Gaceta Universal”, controlada por el barón Cotta, de simpatías liberales. Lo que no podía hacer, años atrás, con otra publicación de Cotta, por la censura, lo hará ahora en París, aunque la censura seguirá operando y la autocensura. Nace, así, un poeta-periodista en que sus artículos, a veces pequeños ensayos, cubren no solo la política, aunque predomina, sino también, literatura, teatro y música.

En su primera década parisina, años treinta, la actividad cultural de Heine fue muy alta, aunque no tanto en la poesía; publicará, antes que en alemán, en revistas francesas, de donde saldrán dos libros; frecuentará salones literarios, centros de lectura, visitará el Louvre, a ver sus dioses y diosas, asistirá a la Academia de Ciencias Morales y Políticas, gran amigo

de su secretario, el historiador Mignet. Y, cuando tenía dinero por su trabajo o de su tío, se va a comer ostras a sus restaurantes favoritos. De vinos no entendía mucho; en este punto, era muy nacionalista con su vino del Rin. De platos de cocina se consideraba un experto y, desde luego, como ya señalé, fue el primero en utilizar metáforas gastronómicas en su prosa y, sobre todo, en la poesía. En el campo de la izquierda, sus enemigos, que tiene muchos, por ello le acusarán de “gourmet”. Y sus enemigos de derechas, más numerosos, le calificarán de traidor y de falta de patriotismo. Alejandro Dumas, otro de sus grandes amigos, hasta el final de su vida, dirá de Heine:

“.... Como la Alemania oficial no le quiere,
nosotros le adoptaremos, ya que es más patriota de
lo que Alemania merece”.

Esta primera etapa como colaborador de “La Gaceta Universal” fue muy corta, menos de un año 1832-1833. Metternich, el Gran Policía de la llamada “Restauración”, es decir, el neo-absolutismo, conseguirá que cesen a Heine, aunque unos años más tarde volverá. En el prólogo del libro que recoge los artículos publicados, Heine atacará tanto a Prusia como a Austria. Al rey Guillermo prusiano, aunque le respeta (no olvidemos que es monárquico), le recordará, sin embargo, que incumplió su juramento de dar una Constitución liberal a su país. De Austria no le sorprende, ya que su actitud anti-liberal, es la misma de siempre. Querrá Heine iniciar una

campaña pacifista, en el marco de su anti-militarismo, proponiendo “una gran liga de los pueblos” y en contra de los ejércitos permanentes. Radicalismo liberal que compensaría con su convicción monárquica, pero siempre añadiendo que es monárquico constitucional y de monarquía “parlamentaria”. Con esta última adjetivación (parlamentaria) Heine quiere incidir indirectamente en el principio de la soberanía popular, que debe radicar en el Poder Legislativo. La naturaleza jurídica y económica doctrinaria del sistema orleanista matizará esta cuestión. Una frase de Guizot, “enriquezcase usted, caballero” se hizo famosa: Heine percibe claramente la importancia del capitalismo financiero como nueva aristocracia.

Sin duda, Heine se siente cómodo con la naciente monarquía orleanista, del rey Luis Felipe de Orleans. Rey y sistema serán siempre en Heine objeto de críticas y de elogios, aunque el sistema político tendrá más críticas que la realeza. Para Heine el aspecto más positivo del rey es que se considera un “rey-ciudadano”, no un rey de origen divino, a lo que Heine añade otra muy importante cualidad: un “rey-burgués”, no aristócrata, ni “gran señor tradicional”. Este hecho es de una gran novedad, la primera vez que aparece en Francia: la monarquía francesa borbónica, rama principal, fue siempre absolutista; y, ahora, la monarquía orleanista, borbónica también,

pero de rama pequeña, asume la monarquía constitucional, con base burguesa, ni aristocrática: el rey que da la mano y usa sombrero burgués. Jurídicamente, aunque la norma fundamental se llama “carta”, no se trata de “una carta otorgada”, sino un “pacto entre el Rey las Cámaras: la envoltura ideológica se llamará doctrinarismo.

¿Cómo explica y justifica Heine la pérdida de su simpatía revolucionaria (de 1789) y asume ya la nueva revolución de 1830? Explícitamente dirá que no hay incongruencia: la nostalgia, en cuanto sentimiento, se va a conjugar con la razón, y ambas categorías son lícitas. Y este último dato predominará: el realismo pragmático se llamará ahora Mirabeau, quedando aparcados Robespierre y Saint-Just. Así, escribirá:

“Amo los recuerdos de la primera revolución (1789) y los héroes que en ella combatieron.... Desde antes de la revolución de julio (1830) he admirado a Robespierre, Saint-Just y la Montaña... pero no quisiera vivir bajo el gobierno de estos genios. No podría sentirme guillotinado todos los días”

Ya este realismo que, por mucho tiempo, es un realismo monárquico, le pondrá así nombre: Mirabeau. Un político aristócrata, pero del Tercer

Estado, de fama libertina y gran tribuno: un político realista que podría haber salvado a Francia, pero falleció tempranamente, dirá Heine.

“En los escritos de Mirabeau encontramos las ideas fundamentales de una monarquía constitucional como Francia necesitaba.... Recomendando esas líneas de salvación del Estado, trazadas por el mayor genio político de nuestra época.... Mirabeau fue precisamente el profeta de aquella monarquía constitucional que era el deseo de aquel tiempo”.

Ortega, más de un siglo después, coincidirá con Heine, en su conocido ensayo “Mirabeau o el político”. En los artículos de Heine en “la Gaceta Universal”, habrá varios temas recurrentes: la operatividad de los partidos políticos y, en general, el sistema establecido y, finalmente, si la monarquía orleanista y si el bipartidismo doctrinario predominante (Thiers/Guizot), la alternativa se mantendrá. Para Heine, Luis Felipe es un rey plenamente constitucional, un rey-ciudadano y un rey-burgués e identificado con la Francia Joven. Y escribirá:

“No debo ocultar que en Luis Felipe nunca se advierte a “un gran señor” [a un antiguo aristócrata] y que el pueblo francés no ha podido escoger un hombre más burgués para rey suyo.... La Casa de Orleans está tan completamente unida al pueblo francés..... y ha sido purificada, mejorada y

aburguesada del terrible baño purificador de la Revolución (de 1789)... Luis Felipe y los suyos están llenos de vida y sanos; son los floridos hijos de la Francia joven... De buenas costumbres burguesas”

Sobre el doctrinarismo bipartidista dominante, el “justo medio”, Heine es bastante crítico, pero no totalmente, va en el paquete del sistema. Reconoce la competencia política de Guizot y Thiers, y está más cerca de este último. Muy crítico con los republicanos y, sobre todo, con los “carlistas” franceses (partidarios del Borbón Carlos X). Para Heine la República será inevitable, pero durará poco tiempo (como así sucedió). Aunque la preferencia de Heine será siempre la monarquía burguesa, pero el mundo financiero será radicalmente crítico: considera que, en el fondo, quiere sustituir a la antigua nobleza. En su último artículo en “La Gaceta Universal”, se condensa su opinión sobre el futuro monárquico en Francia, la “gran cuestión”

Así, escribirá:

“Luis Felipe, si conserva el trono y su honrosa intención [la monarquía burguesa], y los transmite a sus hijos, puede dejar un gran nombre en la historia; no solamente como fundador de una nueva realeza. Pero ésta es, precisamente, la gran cuestión”

Como he señalado anteriormente, en esta década de los años treinta parisinos, Heine publica dos libros que constituyen dos grandes ensayos, en donde la intencionalidad política está muy presente y que, en el fondo, constituyen una unidad. Libros que son el resultado de varios artículos, publicados en dos de las revistas con más prestigio de Francia: el primer libro, “La escuela romántica”, cuyos artículos aparecieron en la novedosa revista parisina “L’Europe Littéraire”; y el segundo libro, “Sobre la religión y la filosofía en Alemania”, apareció también en otra revista parisina, la “Revue des Deux Mondes”. El segundo libro debía haber salido antes y el primero después. Ambos llevan fechas de salida muy próximas: 1834 y 1835.

“La escuela romántica” es, ante todo, un libro de combate y polémico. Heine, de antiguo discípulo de Schlegel, se convierte en su gran enemigo, y fijará el término “romántico” imprimiéndole el “sentido epocal”, como ha señalado el filósofo José María Ripalda, es decir, nace la “escuela romántica” con doble sentido: literario y político. Heine tomará el libro de la escritora Ana Luisa Necker, más conocida como la baronesa consorte Stäel, no reciente, sino de 1810, titulado “De Alemania”. Libro muy extendido por toda Europa y muy anti-napoleónico. Así Stäel idealizará Alemania y

resaltará una visión beatífica y conservadora. Heine, simplifcadamente, se dedicará a demostrar que este romanticismo alemán, a diferencia del francés

“es un movimiento retrógrado en su esencia que no tiene nada que ver con la realidad.... Y que no es otra cosa que la resurrección de la poesía de la Edad Media.... Obra bucólica, sectaria, lamentable e insoportable”.

Para Heine, el romanticismo expuesto por Stäel, apoyado en Schlegel, tendrá una clara consecuencia política: legitimar un nacionalismo reaccionario, conectándose claramente con los supuestos políticos de la “restauración” neo-absolutista. Y, así, se verá que F. Schlegel y A. Müller trabajarán para Metternich. Y a esta corriente habría que unirse a Fichte y Schelling. Como señala Juan Carlos Velasco, Heine “supo ver con enorme antelación.... Que la fe romántica de Fichte y Schelling algún día se volvería contra la doctrina liberal de Occidente”. En todo caso, el tema fue muy polémico. El propio Walter Benjamín mantendrá la tesis de que a Schlegel hay que situarlo entre sus “Lecciones” juveniles y su posición pro-Metternich. Y Carl Schmitt, en una obra pre-nazi, también es indulgente con Schlegel y, naturalmente, crítico de Thomas Mann y olvidando a Heine.

La crítica de Heine a Stäel y a Schlegel no queda sólo en ellos. Estudiará también a otras personalidades de esta escuela romántica-reaccionaria: así, Tieck, Armin, Müller, entre otros. Y los enfrentará con los autores alemanes que abrieron ventanas para la modernidad: Lessing, y, sobre todo, Richter, conocido como “Jean Paul”. Heine, en fin, pondrá también en valor a un grupo joven, entusiasta, que adoptó el nombre de “Joven Alemania”. Sus más destacados miembros fueron, entre otros, Laube, amigo puntual de Heine, Gutzkow, Wranburg, Mundt. Heine, con mucha más edad que ellos, guardando siempre su independencia, rehuía la identificación con este grupo, pero en la práctica se le consideraba maestro de ellos. Así, cuando la Dieta Federal de Frankfurt, en 1835, prohibió todas las publicaciones de la “Joven Alemania”, en la lista sancionadora, en primer lugar estaba Heine.

El segundo libro que publica Heine, sin duda tendrá también intencionalidad política. Como el anterior, Heine utiliza una revista, la “Revue des Deux Mondes”, parisina, y con diversas entregas, conformando un libro que titulará “Sobre la religión y la filosofía en Alemania”. Heine se declara explícitamente no-filósofo, y con ironía dirá que “no pertenece al grupo de 800 miembros que se titulan filósofos en Alemania”. Tampoco se considera un teólogo. Un gran conocedor de Heine, Juan Carlos Velasco,

señala que “el libro hay que entenderlo como un “brillante ensayo entre la literatura y la filosofía”. Es decir, situado dentro del campo de una divulgación muy fresca, y con amplia documentación. Siguiendo con una metodología tomada, en parte, de la dialéctica idealista hegeliana, estudiará la religión hasta Lutero, e incluyéndole a él, es decir, pre-Reforma y Reforma; y, enseguida, de Lutero a Kant y Hegel. Finalmente, escribirá sobre la fase tercera, la política no realizada aún. La Iglesia Católica pondrá el libro en el “Index” y Metternich, el Gran Vigilante de la ortodoxia “restauradora”, en carta al príncipe prusiano Wittgenstein, le dirá que lea a Heine por su brillantez de estilo, pero que es peligroso social y políticamente: hay que prohibirlo.

La década de los cuarenta que puede extenderse como etapa pre-finalista de su vida, es la etapa con mayor contenido político, literario, religioso, social y filosófico. En su contexto, se producirá la revolución de julio de 1848 en que la monarquía orleanista cae y aparece una muy breve Segunda República, la que Heine vaticinó. A nivel personal, en 1841, Heine, después de siete años de vida en común, se casa con Eugenia Mirat, a la que llama “Matilde”. Una joven francesa que sorprende a sus amigos porque él, gran humanista, viva y se case con una mujer analfabeta, con notable diferencia de edad. En este periodo, de 1840 a 1843, Heine volverá a

colaborar en “La Gaceta Universal”, pero ahora sin su nombre, pero aún así la censura seguirá funcionando y, también la autocensura de Heine. La temática de este segundo periodo es muy parecida al primero: el rey, el sistema orleanista, su viabilidad de futuro. Pero aparecerán dos elementos novedosos, un nuevo actor político poco conocido, los comunistas, y un posicionamiento menos entusiasta en relación a la monarquía. Ya conté que prefiere tanto una República, pero gobernando los monárquicos, como una monarquía, gobernando los republicanos. Es decir, mantener el sistema bipartidista orleanista de alternancia de los partidos (Guizot/Thiers). La aparición de los comunistas, significa una novedad que cuestiona totalmente el sistema. Hasta ahora, todos los actores políticos -republicanos, monárquicos, carlistas, bonapartistas- de una u otra forma, formaban parte del sistema socio-económico y, si están fuera, no plantean directamente la desaparición del mismo. El nuevo actor comunista es anti-sistema sin concesiones ni acuerdos. El elemento, entre otros, que les diferencia será el concepto de igualdad. Heine excluye el peligro del anarquismo de Proudhon o Bakunin, como hará entre nosotros, desde París, Donoso Cortés, y lo sustituye por una doctrina más elaborada y atrayente. Dirá, así, Heine con perspicacia:

“[el comunismo] hasta ahora, expone una idea de la igualdad que no es ya la igualdad burguesa.... Las doctrinas subversivas se han infiltrado en

Francia en las clases inferiores. Ya no se trata de la igualdad de los derechos en el Estado. Hay en París cuatrocientas mil manos brutales que no esperan más que una palabra de orden para realizar la igualdad absoluta que está en sus cabezas simples... La propaganda del comunismo posee un lenguaje que cada pueblo comprende bien... Los elementos son tan simples como el hambre, la envidia, la muerte”

En este periodo de los cuarenta, aparecerá un tercer libro de Heine, en este caso, un libro muy polémico: su anti-Börne. Ludwig Börne, era judío, clase alta, hijo de banquero, exiliado en París y representante del republicanismo radical y que daba su apoyo sin fisuras al obrerismo socialista/comunista de París. La polémica nace con un ataque de Börne a Heine, acusándole de ser monárquico, ser un snob, no ser creído porque no cree en nada, incluso insinuando su conexión con el poder. Heine tardará tiempo en contestarle, ya fallecido Börne. Algo, desde luego, pudo jugar la envidia en este pleito: la fama de Heine, desde luego, molestaba a Börne. Heine, por su parte, le acusaba a Börne de “nazarino”, puritano y amigo de Lamennais (sacerdote, social-cristiano). Las discrepancias, si Heine no hubiese entrado en temas personales e íntimos, no tendrían importancia. Pero Heine, como hizo con el conde Platen en su etapa francesa, lamentablemente, repitió cuestiones íntimas. Heine perdió algunos amigos, aunque algo se

retractó más tarde. Hubo incluso un duelo, no con Börne, pero sí con el cónyuge de la dama cuestionada en donde Heine se portó, en cambio, muy caballerosamente. Ruge y Engels, criticaron fuertemente a Heine, pero Marx lo defendió, porque Heine y Marx eran muy amigos. De las pocas veces en que Marx y Engels discreparon. Tal vez aquí Engels fue más marxista que Marx.

La relación y la influencia entre Marx y Heine ha dado lugar a bastante literatura. Se conocieron en París, en diciembre de 1843, al parecer en una reunión con Bakunin. No solo era un amigo más, sino amigo de la familia Carlos/Jenny, yendo a la casa de ellos, a veces diariamente. Incluso corre un hecho o leyenda; que, cierto día, Heine salva a una hija del matrimonio Marx que se presentaba aparentemente como muy grave. A ambos les une varias o muchas cosas: de Renania doctores en leyes, gustándoles el mundo griego, el de Demócrito y Epicuro, a Marx, y a Heine, Aristófanes; ambos de familias judías y burguesas; pero sobre todo algo poco conocido: un trasfondo romántico en el Marx muy joven, escribiendo poemas románticos a su novia Jenny (esposa más tarde). Aunque Marx casi le duplica la edad a Heine, no fue obstáculo para esta amistad. Marx sabe perfectamente que ni es, ni será Heine, un materialista dialectico, sino un poeta humanista y versátil, idealista y progresista. Hay, por otra parte, un argumento importante en una biografía

oficial de la Rusia soviética sobre Heine no se dice que Heine fuera marxista, sino un gran poeta, un humanista muy reconocido y buen amigo de Marx. Marcuse y Sacristán vienen a coincidir en que, para Marx, Heine, como todos los poetas, son “bichos raros”, que hay que “dejarlos aparte”. Heine y Marx discutían mucho sobre métrica poética y sobre religión y política. Esta frecuencia no coincide con el algo despectivo “bicho raro”. Y, en una carta, Marx escribirá, cuando es expulsado de París, algo que evidencia claramente esta singular amistad:

“.... De todos aquellos hombres que dejé en París,
la separación de Heine es para mí la más
desgraciada. Me gustaría llevarlo en mi equipaje”.

Cuando ya Heine se ha convertido al deísmo, con el entusiasmo de los conversos, se le ocurre invitar a los hegelianos de izquierda (Feuerbach, Bauer, Daumier, e incluyendo a Marx) a que lean el libro del bíblico Daniel para que se conviertan. A los dos primeros los tratará con distancia, como “señores”, pero a Marx lo tratará “como mi amigo Marx, que es mucho más testarudo”. La amistad personal no interfiere en las discrepancias ideológicas.

La poesía, que parecía abandonada por Heine, resurge en esta década de los cuarenta, de una manera nueva, de ruptura frontal: el intimismo romántico desaparece y surge triunfalmente la épica con ironía y sátira. El poemario “Alemania, un cuento de invierno” es la obra cumbre de un Heine que se pone a la cabeza de una modernidad comprometida. La obra se compone de 27 “caputs”, como les llama a los capítulos, en versos de cuarteta. Género épico novedoso que, en la siguiente centuria, utilizarán, entre otros, Bertol Brecht y Pablo Neruda, aunque con más coherente compromiso. Narra Heine, en esta obra, el viaje que realiza por varias ciudades alemanas, después de trece años de exilio, aunque volverá a París donde estará 12 años más. En su primer “caput”, Heine, al pisar tierra alemana, se emociona al oír “cantos de amores y las penas de amor” que, con un arpa, “una niña cantaba la vieja copla de la resignación”. Ante esto, Heine responde:

“con otra emoción nueva y mejor / amigos, quiero
compañeros/ Aquí en la tierra, queremos fundar /
nosotros el reino de los Cielos”

Marx no es citado, pero está presente. Con épica, ironía y sátira, optimismo y pesimismo enlazados, Heine va conformando su ya poemario histórico alemán. Su patriotismo, muchas veces no reconocido, y su amor a Francia, se unirán a su universalismo humanista:

Soy amigo de los franceses -dirá-, como soy amigo de todos los seres humanos – Los dos pueblos, Francia y Alemania, han sido elegidos por la Humanidad”.

Reiterará en otro “caput”, una idea suya recurrente, a saber, que Francia aventaja a Alemania en la acción. Y ponerse a la altura francesa significaría,

“Salvar de la humillación a Dios, que aquí en la Tierra vive en el hombre, cuando restituyamos en su dignidad al pobre pueblo, desheredado de la felicidad, y al genio, y a la belleza”.

Aquí, la revolución que asume Heine será violenta, pero también festiva. Dice:

“Sé muy bien lo que dijo Saint-Just / tiempo ha en el Comité de Salud Pública / que no se cura la enfermedad / con aceites y almizcle”

Y, añadiendo:

“Y con juegos y bailes llegará la libertad / con la
bandera blanca, azul y roja / tal vez vuelva a salir
de la tumba / Bonaparte el difunto”

A este optimismo, sucederá un gran pesimismo. Hacia el final de su extenso poema verá Heine a la diosa de Hamburgo, Hammonia, que le invita a conocer el futuro de Alemania. Se lo enseñará, y la diosa le obliga a no divulgarlo. Y, así, introduciendo Heine su cabeza en un caldero encantado quedará aterrorizado ante el futuro alemán. Heine manifiesta muchas predicciones, y acierta bastantes. La idea de un apocalipsis toma aquí ya cuerpo, adelantándose a años posteriores.

De forma realista, con un dramatismo directo, dentro de este compromiso político, y de épica y sátira, colaborará Heine en dos revistas, “Adelante” y “Anales franco-alemanes”, controladas por Marx y Engels, pero colaborando también Bakunin (anarquista) o Ruge (izquierda radical burguesa). Heine, con su tono épico, publicará un poema breve, pero contundente, llamado “Los tejedores de Silesia”, en donde unos trabajadores, que han sido ametrallados por el ejército, a raíz de una huelga, lanzan tres maldiciones a Dios, al rey y a la Patria, mientras mecánicamente tejen el sudario de Alemania. Aquí comunismo y anarquismo se enlazan: “el ídolo nos ha vendido”, por Dios; el “rey de los ricos /que como perros nos manda

matar / y la patria falsa, que nos humilla”. El poema será leído en las tabernas obreras en Alemania, Bruselas y en Inglaterra. Engels lo traduce al inglés y se publica en periódicos ingleses, reconciliándose con Heine.

La revolución francesa de 1848 coge a Heine en un estado muy grave de salud. Cambia de médicos, le dan opio y morfina, intentando aminorar los dolores de la sífilis (todavía no bien diagnosticada). Pero él sigue escribiendo aún con su extrema gravedad, y si no puede, dicta. En este año, será su última salida a la calle, a partir de ahora estará en casa y en su cama, en lo que llama “tumba de colchones”. En su salida va al Louvre y visita y se despide de su amiga, la diosa Venus de Milo. Se cae y tiene que ser llevado a andas a su casa. Días después, cuando le visita un amigo alemán, le dirá, con su ironía: “di en Alemania que fui llevado a hombros por las calles de París, por mi fama”.

La Revolución de 1848, aunque la predijo, no es ya su revolución. La criticará. En una carta a su editor, Campe, le dirá:

“.... Estamos en una anarquía universal, el caos del Orbe, con la demencia de Dios... si esto sigue así hay que encerrar al viejo” [Dios es el “viejo”]

Minimiza la revolución y denigra a sus autores:

“.... Esta gloriosa canalla de las jornadas de febrero (1848) no tuvieron verdaderamente necesidad de mostrar heroísmo, porque el rey y la Cámara estaban muertos desde hacía mucho tiempo” –
Añadiendo: “todos los héroes de la libertad que han surgido desde 1848 me llenan de asco, todos”

A una revolución que denigra, con una salud muy crítica, se unirán dos hechos que le afectarán mucho: unos pequeños ahorros que tiene en la Bolsa se pierden y, sobre todo, que el nuevo gobierno republicano publica una lista en que Heine y otras personas recibía una pensión de 4000 francos anuales, desde 1836. Pensión que recibió del gobierno de Thiers y que ahora la suspende su enemigo Lamartine. Piensa, incluso, a pesar de su enfermedad, dejar Francia y, sorprendentemente, instalarse en España. Idea que no tendrá seguimiento alguno. Conectará España con el Quijote y alabando románticamente a Quiroga y Riego, dirá:

“Pienso continuamente en España, Madrid me atrae; quiero leer “Don Quijote de la Mancha”

En este contexto tan agitado, Heine sigue escribiendo: trabajará en sus “Memorias”, que tiene dejadas de mano, desde hace muchos años, y que solo fragmentos han llegado a nosotros. Publica un texto que denominará “Los dioses en el exilio”, conociendo muy bien la mitología griega. También, unas muy interesantes y lúcidas “Confesiones” y, en el ámbito político, la épica desaparece y retorna a un romanticismo no muy bien logrado (el “Romancero”), para algunos marxistas, “mercantilizándose” (Sacristán).

Tres temas van a centrarse en los últimos años de Heine: su conversión al deísmo, su dramático conflicto razón/sentimiento, que se proyecta en su ideología política y, una única satisfacción: se enamora casta y románticamente de una dama que llega misteriosamente a su casa, y que le visitará diariamente los últimos ocho meses de su vida.

El tema Dios es una constante en la vida de Heine: afirmándolo o negándolo, con unipersonalidad o literariamente, pluralizándolo. Lukács ha señalado que, en el siglo XIX, se encuentran muchos intelectuales constituyendo lo que denomina: “los desesperados ateos trágicos”. Sólo en parte, Heine estará en esta lista, porque no hay mucha tragedia en el tema Dios, ya que lo humaniza dialogando con él

Esta conversión en el plano religioso, no es la primera, pero, a diferencia de la del año 1825, que fue un simple trámite, la que sucederá entre 1849 y 1851, porque no hay fecha concreta, es sincera: abandona explícitamente el hegelianismo, el panteísmo y su “helenismo”. Habrá un reencuentro firme con un Dios personal. Dará muchas razones y justificaciones a sus amigos, pero siempre insistirá que su conversión no implica ningún reconocimiento eclesial: de las tres religiones que ha conocido no quiere saber nada. “No he perdido del todo la razón”, dirá. Hará explicaciones íntimas, pero también políticas. Incluso, hará entrar la ironía. Ante todo, quiere paz y ya es un moribundo, y también reconoce el miedo. Es una conversión muy humana. Lo que más resalta en sus textos es que ve en Dios alguien muy próximo, con el que se puede hablar, trasladarle sus problemas, humanizándole como un amigo. Incluso quejándose porque lo tiene abandonado: un misticismo laico. Para Marcuse, nunca fue ni cristiano ni ateo, “un signo trágico”, entre Dios y la Necesidad. Puede incluso creer que razón y fe son incompatibles, pero aún así lo acepta. La “necesidad”, como mantiene Marcuse, le llevará a este cambio ideológico. En diversos textos expondría su conversión:

“He apaciguado a mi conciencia. El yacer en lecho mortuario le vuelve a uno sensitivo y sentimental, deseoso en quedar en paz con Dios y con el mundo.... Aquellos poemas que ofendían la

bondad de Dios los he entregado a las llamas....
Mejor que ardan los versos que el versificador”

Y en otro lugar:

“..... puede ser que haya sido culpable de reincidencia cuando regresé a la antigua superstición.... Pero debo desvirtuar el rumor de que mi reincidencia me haya atraído al seno de la Iglesia.... mis convicciones religiosas permanecen libres de toda influencia eclesiástica.... No he renunciado del todo a la razón”.

“Sí, he vuelto a Dios como el hijo pródigo, después de haber servido mucho tiempo a los hegelianos.... Me he introducido yo mismo y he sido bien acogido. Dios me curó el alma, que acierte también a curar el cuerpo. A fe mía se lo agradecería mucho”

En sus “Confesiones” (1854), conectará ateísmo con comunismo:

“.... Vi, en efecto, que el ateísmo ha concertado una alianza, más o menos secreta, con algo espantosamente desnudo.... El común comunismo.... Lo que me angustia es más bien el miedo secreto del artista y del sabio que se ven amenazados, por la victoria del comunismo, toda

nuestra civilización moderna.... El fruto de los más nobles esfuerzos de nuestros antepasados, las borrosas conquistas de tantos siglos”.

Y, en fin, una última cita, en la que Heine aduce una cuestión clasista para abandonar el ateísmo:

“Mientras estas doctrinas [ateísmo] fueron solo secreto tesoro de una aristocracia de inteligentes.... Yo también me encontré entre los “espíritus fuertes”. Pero cuando la grosera plebe empezaba también a discutir estos temas, en sus sucios simposios.... cuando vi que piojosos sastres y zapateros empezaban a negar la existencia de Dios en su grosera lengua tabernaria.... se me abrieron los ojos.... Y gracias a Dios, terminó mi ateísmo”

Los últimos textos estrictamente políticos de Heine datan de sus dos últimos años de vida, que aparecen en “Confesiones” (1854) y en “Lutecia” (en el prólogo a la recopilación de sus artículos en la “Gaceta Universal) (1855). Son totalmente textos contradictorios, a pesar de ser tan próximos: en el fondo, muestran, en uno, a un Heine dramatizado por su filocomunismo; y en el otro, a un liberal-ilustrado. En este último texto, un Heine muy tranquilo se enfrenta a aquellos que alaban al pueblo, “diciendo que es hermoso, inteligente y bueno”. Y les dirá “que no es cierto: que el pueblo es feo, malo e ignorante”. Pero añadiendo

inmediatamente, con reminiscencias roussonianas: “pero el pueblo no es culpable, dirá, sino la sociedad y el Estado y esto hay que remediarlo”, recuperando así una perspectiva ilustrada:

“.... La fealdad nació de la suciedad y desaparecerá con ella cuando construyamos baños públicos.... Su maldad se debe al hambre.... hay que preocuparse de que el pueblo tenga siempre de comer; tampoco el pueblo es inteligente.... La causa de esta aberración es la ignorancia; tenemos que acabar con ese mal nacional, mediante escuelas públicas gratuitas”.

Está así muy claro que el Heine de las “Confesiones”, 1854, responde a un ilustrado tardío, alejado totalmente de la novedad comunista, que es radicalmente criticada. Se mantiene abstractamente en la emancipación del pueblo, pero en el orden concreto, con el pueblo/populacho no puede tener Heine ningún contacto personal. Para Heine el pueblo debe ser sujeto pasivo, nunca protagonista de los cambios sociales. Lo contrario de Marx. Heine mantendrá que en el “populacho”, en la “masa”, “rige siempre un sentido de la igualdad que “repele a las excelentes individualidades, suprimiéndolas”, le inspira “horror” la idea de que la masa pueda regir los destinos públicos. Por eso, años después, la teoría masa/minorías directoras tiene en Heine su más adelantado profeta.

El otro texto que voy a reseñar es solo posterior en seis meses. Un psiquiatra podría hablar de bipolaridad. En este prefacio de “Lutecia”, se retractará de sus críticas a los republicanos, pero de lo que quiere hablar es de los comunistas y de su relación con ellos. No tendrá en cuenta ni a Marx, ni a Engels, solo a Saint-Just y a Dante. Señala además que algunos artículos/cartas suyos en la “Gaceta Universal” no se publicaron a causa de la censura. Y que él mismo se autocensuró por prudencia. Lo que Heine sí logró fue dar visibilidad mediática a los comunistas y que estaba convencido que tenían mucha fuerza, real y escondida. Y de que les pertenecía el futuro, pero, al mismo tiempo, esta idea la lanzaba, dirá, con “aprehensión y angustia extremas”, y así escribirá:

“con horror pienso cuando estas sombras
iconoclastas lleguen a conseguir el poder....
sus manos callosas destruirán todas las
estatuas de mármol de la belleza”.

En un largo párrafo, Heine, “con tristeza indecible”, contará el desastre que ocurrirá cuando los comunistas se alcen con el poder, “todo el mundo romántico se destruirá, “incluyendo su “Libro de las Canciones”, que un artesano hará cucuruchos en donde verterá café o tabaco”. Pero matizando

como hizo con la República del 48, que el poder comunista no será por mucho tiempo.

En principio, Heine no se identifica, ni ve con simpatía el comunismo, sino todo lo contrario: cuenta la aniquilación del mundo romántico-burgués. Pero hace inmediatamente una confesión sorpresa: aunque el comunismo va contra sus intereses, le atrae el comunismo. Tal vez, es la primera vez en que surge la seducción en los intelectuales por el comunismo, adelantando este drama muchos años, como en general por otro movimiento totalitario del siglo XX (el fascismo). Heine no emplea la voz “seducción”, sino otra expresión más profunda: “sentirse poseído”, sin poder ser exorcizado. Heine dice que dos voces se elevan en favor del comunismo que cree que son “instigaciones diabólicas”. Apoyándose en Dante (“el diablo es un lógico”), Heine considera que si no puede refutar el dictum de que “los hombres tienen todos los derechos a comer” (cita el texto de Saint-Just, sin nombrarlo) “hay que atenerse a todas las consecuencias”, escribiendo:

“Esta vieja sociedad, desde hace mucho tiempo, está juzgada y condenada. ¡Que se haga justicia! ¡Que sea destruido este viejo mundo, donde la inocencia ha perecido, donde el egoísmo ha prosperado, donde el hombre ha sido explotado por el hombre!

(sic). Fiat iustitia, pereat mundus! (Hágase justicia, perezca el mundo).

Heine parece insertarse tanto en una corriente anarquista como comunista, aunque en aquellos años, en principio, se inter-relacionaban mucho ambas ideologías (Proudhon, Bakunin, Marx, Engels). Y, también, en un transfondo bíblico secularizado: un Apocalipsis. Con todos sus cambios, Heine siempre leerá la Biblia.

En la segunda de las voces misteriosas que recibe Heine, la racionalidad es muy clara y, es “muy poderosa”: su enemigo principal es el nacionalismo xenófobo y para los comunistas es también su gran enemigo, es el que puede destruirlo. Así dirá “casi” se puede enamorar del comunismo. Este “casi” significa que Heine quiere salvaguardar su independencia: su compromiso tiene límites.

Para Manuel Sacristán, bastante dogmático, aunque no merme su muy valiosa introducción a las Obras de Heine (no completas), no cree en la independencia de Heine, sino que se trata de una cobardía intelectual”. Tal vez, por la época en que escribió Sacristán su estudio, años sesenta, con la guerra fría, este planteamiento radical era frecuente en los sectores

comunistas. Su crítica está en que Heine debió, dice, “de insertarse orgánicamente en las filas aún difusas de los portadores de aquella verdad”, es decir, de [Marx y Engels]. Diez años más tarde, Sacristán, aún siguiendo marxista, dejará el partido comunista, así que su argumento contra Heine pierde bastante valor. Más recientemente, otro profesor marxista, J.L. Rodríguez, también marxista, tendrá un juicio más flexible en un excelente artículo (“Heine y Marx, cercanía y desencuentro”)

Viendo no solo estos antagónicos textos, sino también toda su trayectoria, ¿cuál sería la ideología política dominante en Heine? ¿Un liberal/ilustrado o un compañero de viaje de los comunistas? Adorno, en un breve artículo, lanzó la palabra “ilustrado” y creo que es correcta. Heine ni fue marxista y menos comunista: fue, a mi juicio, un episodio, aunque muy importante, el simpatizar con los comunistas. Ya aclaré que haber sido gran amigo personal de Marx, no significó ser marxista. Lo dominante en él fue ser un liberal progresista y constitucionalista, con muchas reservas hacia la igualdad, y con un fuerte trasfondo ilustrado tardío.

Los últimos ocho meses de vida de Heine, postrado en cama, con fuertes dolores, lo que llena esta muerte en vida, con el cuerpo destrozado, pero lúcido, sigue escribiendo poemas hasta el último día. A pesar de su

situación, tendrá Heine una gran gratificación: se enamora románticamente de una joven que aparece misteriosamente en su casa, y que adoró nada más verla. Con vida complicada, con varios nombres, Heine le pondrá “Mouche”, la “Mosca”. Le visitará, en estos meses, diariamente, será su enamorada, su confidente, su secretaria. Naturalmente, odiada por “Matilde”, la mujer de Heine, pero tendrá que soportarla. Muchos años más tarde, en 1897, con el nombre de Camille Selden publicará un pequeño libro sobre los últimos días de Heine, que recoge los versos y las cartas que Heine le envía a Camila. La política está fuera de visión.

Poco a poco, la enfermedad de Heine se va agravando. A pesar de todo, sigue tratando de preparar su Obras Completas en francés. Un día antes de su fallecimiento, lúcido todavía, su amigo el poeta alemán Meissner le preguntará como van sus relaciones con Dios, a lo que contestará, primero en alemán y después en francés: “no te preocupes, Dios me perdonará: es su oficio”. ¿Ironía?. Tal vez, sí, también en su mascarilla, que se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Harvard, se percibe un fondo irónico. La ironía será consustancial a Heine. Y Dios, en esta última etapa, para Heine, se proyecta como la suprema bondad: no hay intención blasfema.

El día 17 de febrero de 1856, a las cuatro de la mañana, fallecerá Heine en su muy modesto piso de París. Solo su enfermera estaba a su lado y, según ella, sus últimas palabras fueron: “papel, lápiz”. Fue enterrado en el cementerio de Montmartre, como había dispuesto en su último testamento, y con su ironía habitual diciendo que “es más silencioso que el del “Père-Lachaise” (más importante). Algo más de doscientas personas acudieron al entierro, donde no hubo, por indicación de Heine, ningún sacerdote (ni católico, ni luterano, ni judío), y tampoco discursos. Entre sus amigos, asistieron los más unidos a él: Alejandro Dumas, Teófilo Gautier y el historiador Mignet. El destino le llevará, ya muerto, a compartir con Stendhal, coetáneo suyo, el mismo cementerio y a morir con la misma edad (59 años), y en vida a exaltar ambos un romanticismo intimista y progresista, a ser también muy bonapartistas, enamorados de Italia y adorar la Belleza. Y, sin embargo, nunca se conocieron en vida.

El Cigarral, Sitges, verano 2025